

El Imperio estremecido

J.H. Elliott

Jerald T. Milanchi y Susan Milbrath, editores, *First Encounters: Spanish Explorations in the Caribbean and the United States, 1492-1570*, University of Florida Press, 1990, 222 pp.

Peter Pierson, *Commander of the Armada: The Seventh Duke of Medina Sidonia*, Yale University Press, 1990, 304 pp.

Alonso de Contreras, *The Adventures of Captain Alonso de Contreras: A 17th Century Journey*, traducción y notas de Philip Dallas, Paragon, 1990, 193 pp.

Jonathan I. Israel, *Dutch Primacy in World Trade, 1585-1740*, Oxford University Press, Clarendon Press, 1990, 462 pp.

Steven N. Orso, *Art and Death at the Spanish Habsburg Court: The Royal Exequies for Philip IV*, University of Missouri Press, 1990, 214 pp.

John Lynch, *Bourbon Spain, 1700-1808*, Basil Blackwell, 1990, 450 pp.

A la vez que contemplamos los grandes cambios históricos a nuestro alrededor, tiene cierto encanto volver la vista a épocas pretéritas, cuando los viejos imperios parecían amenazados por el derrumbe, mientras que otros imperios nue-

vos tomaban su lugar. Esto mismo sucedía, también, en el siglo XVII, cuando los contemporáneos especulaban sobre el futuro remoto para un imperio español cada vez más petrificado y sobre lo que sucedería en el caso de que llegara a derrumbarse. Uno de ellos, Sir Francis Bacon, al reflexionar sobre el ascenso y caída de los estados, de sus lecturas sacó una conclusión no muy comfortable:

Se puede contar con que habrá guerra del desgajamiento y estremecimiento de un gran estado e imperio. Puesto que los grandes imperios, mientras duran, enervan y destruyen las fuerzas de los nativos a los que han sometido, respaldándose en sus propias fuerzas protectoras; y al fallar, todo se va a la ruina y se vuelven la presa. Tal cosa sucedió en la decadencia del imperio romano; y lo mismo en el imperio de Alemania, después de Carlos el Grande, en el que cada pájaro se llevó una pluma; y no habría de suceder otra cosa con España, de llegar a destrozarse.¹

Si, a la larga, la predicción de Bacon llegaría a realizarse casi plenamente, el imperio español —cuyo

“estremecimiento” él previó en el corto plazo— resultó bastante más resistente de lo que se podía anticipar. Pero la sospecha de que el imperio pudiera “desgajarse” era suficientemente razonable para un hombre que tenía en mente a España y su imperio en el mediodía de Felipe II. Este era el imperio en el que el sol nunca se ponía, según Ariosto: un imperio cuyo dominio iba de Italia a Perú, y de ahí por el Pacífico hasta Filipinas.

Su adquisición se debió en primera instancia a los soldados de infantería de Castilla, hombres cuya determinación les hizo ganar la fama de ser los mejores soldados en el mundo. Una vez conquistado, el imperio se sostuvo a través del regular suministro de plata proveniente de las minas de América, la cual ayudó a pagar los costos de una burocracia enorme y de un formidable aparato militar y naval diseñado para defenderlo de sus enemigos y para conservar la sumisión al centro del imperio en Madrid de sus territorios dispersos.

Una parte de las primeras etapas en el desarrollo de este imperio, cuando menos en sus márgenes, transatlánticos, se puede trazar en el ilustradísimo libro de ensayos *First Encounters*, diseña-

do para acompañar la exposición itinerante que lleva el mismo nombre en el Museo de Historia Natural de Florida. Estos ensayos, no obstante que están entre dos capítulos de carácter más general —uno sobre el contexto de los viajes de Colón y las primeras incursiones españolas en América del Norte, y el otro sobre el encuentro de los europeos y los nativos americanos— más que nada tratan de ofrecer a sus lectores cierta idea sobre los recientes hallazgos históricos y arqueológicos relacionados con la llegada y los primeros asentamientos españoles en suelo caribeño y norteamericano. Los ensayos como tales tienen buenos detalles pero carecen de alcance. Aun así, les conviene mirar hacia acá a los lectores que tengan interés en conocer el momento en que Colón tocó o no tierra, o la ruta exacta que siguió la expedición de Hernando de Soto por el sur de Estados Unidos, aun cuando haya que advertirles que sobre estos asuntos no ha dejado de batirse la controversia, y que en ellos toda hipótesis vieja, o nueva-vieja, conoca su refutación.

Sin embargo, el libro documenta el modo en que hoy se recurre a la evidencia arqueológica para dar testimonio de la historia de la conquista y de los asentamientos españoles, ya sea en la costa noroeste de la Hispaniola, en Puerto Real, o en San Agustín, o a lo largo de las rutas interiores que siguieron De Soto y Tristán de Luna y Arellano. Las monedas, las herraduras y los restos de vasijas son testimonio vivo de la presencia española que habría de arrasar las vidas de los pueblos indígenas, como los Cusa, cuya suerte aborda Marvin T. Smith en uno de los ensayos más sugerentes de un libro bastante irregular.

Una de las fotografías del libro,

en la cual se muestra el cráneo de un indígena partido por la hoja de una espada, es un lúgubre recordatorio de las realidades subyacentes en el llamado encuentro de españoles y americanos. Pero al leer sobre estas expediciones que se adentraron en la profundidad de un mundo desconocido, realizadas por pequeños grupos de españoles que avanzaban a un promedio de quince millas diarias durante semanas y meses sin fin, no es difícil ver por qué el poder del rey de España evocaba tal miedo y respeto. Ese poder se había consolidado por medio de victorias espectaculares en los campos de batalla europeos, pero al terminar el siglo XVI la que hasta ese momento parecía una irresistible maquinaria militar mostró las primeras señales de pérdidas de momentum.

En primer lugar, la formidable armada que reunió el Duque de Alba resultó inesperadamente incapaz de contener la expansión de la revuelta en los Países Bajos. Entonces, en 1588 —seis años después que la brillante operación anfibia que se urdió en las Azores llevara el poder de Felipe a su apogeo al completar la anexión de Portugal y su imperio ultramarino— la Armada Invencible fracasó contra Inglaterra. La conmemoración en 1988 del cuarto centenario de la campaña de la Armada alentó el lanzamiento de una verdadera flota de libros.² Hoy, en silencio, llega a puerto una de las últimas grandes embarcaciones. A diferencia de otros buques en la flota abolida, este último concluye su largo viaje con innegable pompa, como corresponde a la bandera del comandante supremo, Don Alonso Pérez Guzmán, séptimo duque de Medina Sidonia y principal de España.

Después de tantas historias, viejas y nuevas sobre la “Empresa

de Inglaterra”, uno se podría preguntar con justa razón si todo un gran volumen sobre el inerte comandante de la Armada puede agregar algo a lo que ya se sabe. La respuesta tiene que ser afirmativa, aunque lo que añade por desgracia no es todo lo que se esperaría. *Commander of the Armada* de Peter Pierson es una obra espléndidamente al día. Autor de una útil y breve historia general del reinado de Felipe II,³ Pierson sabe moverse por la corte de Felipe II y conoce muy bien la literatura académica en la Europa de su época. También se muestra como un enterado participante en la actual discusión sobre barcos, navíos y tácticas navales. Pierson tiene dudas muy claras sobre la validez de un argumento muy controvertido que expusieron Colin Martin y Geoffrey Parker en su espléndido libro *The Spanish Armada*,⁴ según el cual la flota española se puso en desventaja al montar sus cañones en soportes con dos ruedas, a diferencia de los soportes de cuatro ruedas en la flota inglesa. Pierson tiene juicios severos que ofrecer sobre varios aspectos de la campaña naval, de la cual entrega una narración gráfica admirable; pero su contribución más original consiste en relacionar la empresa y su secuela con la organización general de las flotas y las fortificaciones en la Andalucía natal de Medina Sidonia, en donde él tenía el puesto de Capitán General de la Costa.

Sobre la base de cartas y registros, obtenidos algunos del archivo que aún se aloja en el castillo de Medina Sidonia en Sanlúcar de Barrameda, Pierson logra armar un retrato del séptimo duque como notable y burócrata a la vez. Tradicionalmente ha sido motivo de cierta sorpresa por qué Felipe II eligió a Medina Sidonia para diri-

gir la Armada a la muerte del Marqués de Santa Cruz. "El no sabía nada del trabajo que se le enviaba a realizar", fue el veredicto irónico de Froude.⁵ Pero el cuidadoso estudio de Pierson ha vuelto comprensible, aunque no por ello menos desafortunada, la selección del Rey. Pierson muestra convincentemente lo estrecho que era el campo sobre el cual podía elegir el rey. Pero también muestra cómo el status social de Medina Sidonia, como el mayor duque de España, era requisito importante para dirigir una gran operación militar y naval, puesto que sus capitanes y comandantes estaban obsesionados con los asuntos de la precedencia y el rango. Sobre todo, Pierson muestra que al elegir a Medina Sidonia el rey eligió a un hombre de amplia experiencia en asuntos relacionados con la organización militar y la disposición de embarcaciones. Sin embargo, esa experiencia no iba acompañada de una experiencia semejante en una guerra verdadera en el mar.

Uno puede preguntarse si una persona con tan poca confianza en sí misma o en su misión fuera la indicada para el cargo. Pero dada la naturaleza de las indicaciones que le dio el rey a Medina Sidonia así como las grandes dificultades logísticas que involucró toda la operación, tal parece que Pierson justificó su veredicto, según el cual el duque hizo cuanto se podía esperar de él, y que quizá tuvo más éxito en prevenir una catástrofe total que un comandante más afortunado. No obstante, resulta difícil generar un gran aprecio personal por esta figura gris y arrogante; y quizá sea por esto que Pierson no pudo darnos una idea más amplia sobre el flanco privado de este hombre y sobre el tipo de vida que llevaba en su pequeña corte ducal. Aquí lo que tenemos es al

notable como burócrata, figando en los números en busca de las barricas y bisquets de los barcos, una versión en miniatura del patrón para el que trabajaba.

Es de esperarse que quienes consideran que los españoles son más sanguinarios acudan en cambio con cierto alivio a *The Adventures of Captain Alonso de Contreras*, un libro que está hecho para confirmarlos en sus prejuicios. Contreras era un mercenario español que nació seis años antes de la derrota de la Armada y quien en 1623 se sentó un rato a escribir las memorias de una vida de acción. Vertido a un inglés rápido por Philip Dallas en una edición ajena a toda pretensión académica,⁶ las memorias ofrecen una lectura espléndida, aunque espeluznante. Contreras no piensa dos veces en meterles cuchillo a su esposa y a su amante al hallarlos en la cama, y finaliza lacónicamente el episodio con las palabras "murieron". Estas memorias se leen como una novela picaresca. También ofrecen ideas repentinas e inesperadas no sólo sobre la personalidad de un soldado con todas las características de un aventurero convencional quien aun así en determinado momento le da la espalda al mundo para volverse ermitaño, sino también sobre la vida de cuartel y la vida naval en el mundo mediterráneo del siglo XVII, con interludios ocasionales hacia la corte española.

Al final, ni las hombradas de Contreras ni las dotes organizativas de Medina Sidonia fueron las adecuadas para sobrepasar los desafíos que enfrentó España a lo largo de su turbulento siglo XVII. El más peligroso e inextricable de todos estos desafíos fue el que plantearon no sólo al poder de España, sino a toda la mentalidad y el modo de vida de la sociedad española, los éxitos espectaculares de los rebel-

des holandeses cuya maquinaria militar no pudo derrotar. A partir de los 1580 las provincias rebeldes de los Países Bajos del norte, salvados por su propio esfuerzo y por la derrota de la Armada, iban en camino de transformarse por sí mismos en un importante poder económico.

El desarrollo y la culminación de este proceso los traza amplia y muy detalladamente Jonathan Israel en su impresionante *Dutch Primacy in World Trade, 1585-1740*. El profesor Israel, cuya energía no conoce límites, logró dominar una gran cantidad de fuentes primarias y secundarias para producir el relato más amplio que se cuenta sobre la actividad comercial holandesa no sólo en Europa, sino del otro lado del mundo, de Brasil a las Molucas.

El profesor Israel recurre muy poco a las brillantes pero a veces riesgosas esquematizaciones de Fernand Braudel, a quien les gusta describir como el *gran maitre*. En vez de eso, Israel adopta un acercamiento despiadadamente cronológico, dividiendo el ascenso y la eventual caída de la primacía económica holandesa en una serie de periodos cuidadosamente definidos, la mayoría de los cuales suele empezar con un proceso que él llama de "reestructuración". Este tratamiento tiene sus *longueurs*, pero también tiene el gran mérito de haber vuelto a colocar en el centro del escenario a los acontecimientos políticos que Braudel hizo a un lado por ser de menor importancia junto a las enormes fuerzas económicas cuyos movimientos cósmicos a él le fascinaba contemplar.

Israel también le confiere mayor peso que el de costumbre al activo papel del estado holandés en el incremento de su comercio. Esto, también, resulta sano, aun-

que "estado" queda como un término ambiguo al aplicarlo a la peculiar estructura de la república holandesa. La preocupación de Israel tiene que ver esencialmente con el proceso y el mecanismo por medio de los cuales los holandeses aseguraron para sí una primacía económica sin dominio político —lo contrario exactamente de España, con su dominio político sin primacía económica. Israel no toca por tanto cualquier intento para evaluar y analizar esas características especiales de la civilización holandesa que pudieron haber ayudado a estimular su admirable industriiosidad y su destreza empresarial. Sin embargo, Israel no deja lugar a duda en lo relativo al dinamismo y rango de esas habilidades, así como sobre sus efectos transformadores en la vida de Europa en el siglo XVII; y al documentarlas con suma precisión, produjo un libro cuyo valor será duradero.

El ministro que tenía una mentalidad más orientada hacia la reforma en la España del siglo XVII, el Conde-Duque de Olivares, era bien consciente de los peligros que el dominio económico holandés oponía a la hegemonía española, y al tratar de imitarlos otorgó la forma más sincera del halago a los holandeses. "Debemos concentrar todos nuestros esfuerzos", escribió, "en convertir a los españoles en mercaderes". Pero dadas las prioridades de Madrid, y el modo en que esas prioridades aplacaron muchas de las tendencias de la vida española que podrían haber llevado a la empresa económica, esto era más fácil decirlo que hacerlo. Con su gran gasto militar, su grave déficit presupuestal, su costosa burocracia y sus oligarquías encasilladas, España se había convertido en una sociedad muy refractaria a las reformas.

Esto hizo difícil, cuando no imposible, cambiar rápidamente de curso cuando hizo falta hacerlo. La Némesis se dio en los 1640, cuando toda una serie de revueltas ofrecieron todos los signos de la precipitación del proceso de "estremecimiento" vaticinado por Bacon.

Sin embargo, España y su imperio remontaron la crisis de esa espantosa década mostrando en este proceso cierta capacidad de sobrevivencia que a primera vista parece impresionante. Pero la sobrevivencia fue menos el resultado de cualquier cambio espectacular en la política de Madrid que del perenne encanto de ciertas ideas y valores tradicionales corporeizados en la monarquía española para los grupos sociales en España, Italia y las Indias que eran los que tenían más que perder con los levantamientos y las reformas.

Estas ideas y valores, inmersas alrededor de la devoción a la corona y la fe, se expresaban de costumbre en su forma más solemne en las grandes ocasiones de la realeza, y en especial en las exequias del rey. La muerte de Felipe IV en 1665, luego de un reinado de más de cuarenta años, fue ocasión de una de estas exequias, y Steven Orso, en su *Art and Death at the Spanish Habsburg Court*, tuvo la idea genial de examinar la ceremonia que rodeó al evento. El libro, que tiene una apariencia adecuadamente lúgubre, comienza con una narración vívida de las últimas horas de Felipe, y después examina en detalle el montaje de las exequias y la construcción y decoración del catafalco que se erigió para el difunto monarca en el Convento de la Encarnación.

Los lectores menos interesados que el autor en el número exacto de velas que se utilizaron para iluminar el catafalco bien podrían sentir que un funeral, por pomposo

que sea, no hace un libro; y es una lástima que el Dr. Orso haya dejado pasar la oportunidad de considerar las actitudes contemporáneas hacia la muerte, o inclusive que no haya relacionado los funerales de 1665 con otras exequias entre los Habsburgo y otras cortes europeas. Pero su aproximación minimalista se equilibra en la oportunidad que ofrece para acercarse si no un reflector sí cuando menos la titilante luz de una vela en los cuarenta y un jeroglifos con que se adornaron el patio y la nave del convento. Un contemporáneo gravó estos jeroglifos para la narración que se publicó de estos funerales, y aquí están reproducidos de cuerpo entero, acompañados por un comentario que explica sus motivos y emblemas para un mundo moderno que ha perdido el arte de leer tales textos e imágenes.

Los jeroglifos, hay que admitirlo, no son importantes obras de arte y la mayoría de los mensajes que tratan de comunicar a través de sus coronas, sepulcros, resurgentes aves fénix y árboles torcidos tienen una factura que va de lo mediano a lo banal. Pero es precisamente esta banalidad la que les confiere interés, como una especie de repertorio de las respuestas esperadas ante la muerte del monarca. El autor del siglo XVII que los publicó sólo comentó que los grabados combinaban la hermosura y la tristeza, y ahí lo dejó. Orso, quien nos lleva de uno en uno, es más servicial que su predecesor. En medio de las numerosas imágenes convencionales, uno o dos temas recurrentes entre los jeroglíficos aluden directamente a la infeliz situación en la que se encontraba España a la muerte de Felipe IV. El propio monarca difunto está representado por el sol, como correspondía a un gobernante que adoptó la imagen solar mucho

antes que se le apropiara con mayor éxito su sobrino y cuñado, el epónimo Rey Sol.

La viuda de Felipe, Mariana, fue nombrada regente de su hijo enfermo. Su imagen en estos jeroglifos es la de la luna, su protección creciente abraza al pequeño y aun ascendente sol del joven Carlos II, quien un día, se esperaba entonces, resplandecería en una gloria comparable a la de su difunto —y nada glorioso— padre.

La realidad, por desgracia, habría de ser muy distinta a la imagen. Durante treinta y cinco años, Carlos II se sostuvo apenas en vida, reinando sin gobernar. Pero resultó incapaz de llevar a cabo el principal deber dinástico de asegurar la sucesión, y como Bacon anticipó, cuando su precaria vida llegaba a su fin se juntó la rapiña principesca de Europa con la idea de desplumar a la agonizante águila habsburga. En la Guerra de Sucesión española, de 1701 a 1714, el ave perdió parte de su plumaje más fino, en Italia y los Países Bajos, pero conservó lo suficiente para sugerir que bajo su nueva dinastía francesa aún podría volver a renacer, como el ave fénix en los jeroglifos.

La historia del resurgimiento, o semiresurgimiento, de la España del siglo XVIII es el tema del nuevo libro de John Lynch, el primero que se publica de una historia de España en varios volúmenes bajo su dirección. El panorama que ofrece Lynch de la España de los Borbones es la vez el mejor libro de carácter general en cualquier idioma sobre la España del siglo XVIII —un siglo cuya historia interna está llena de enigmas y al que se sigue comprendiendo muy poco. El profesor Lynch expone el relato con una gran claridad, embelleciéndolo con algunas citas elocuentes de fuentes poco conocidas,

sobre todo de las cartas de los intendentos españoles y de los diplomáticos ingleses. Aun cuando en lo que dice no hay nada sensacionalmente nuevo, merecen respeto sus cuidadosos juicios sobre asuntos controvertidos. Sobre todo, Lynch amplía el alcance de su retrato al atender constantemente el imperio español en América y su relación con España.

Esto lo hace tal y como había que hacerlo puesto que el imperio americano fue, y así se le vio, clave en el renacimiento español. Los datos de la demografía son por sí mismos elocuentes testimonios de la naturaleza y del potencial de esta relación: trece millones y medio de habitantes en la América española contra diez millones y medio en la España metropolitana. Más aún, América poseía enormes riquezas aún sin explotar, mientras que el tesoro español, en la nueva dinastía igual que en la vieja, trataba de una crisis a otra. Los ministros de Madrid vieron en la riqueza de América y del comercio americano, la mayor parte de él en manos de los holandeses, los franceses y los ingleses al comenzar el siglo, los medios para restaurar el poder español en Europa. En otras palabras, prevaleció el viejo esquema mental, en lo que cambiaba la dinastía. Los territorios que se perdieron a resultas de la Guerra de Sucesión había que recuperarlos de algún modo y España tenía que recobrar su primacía mundial.

Por lo tanto, la guerra fue el estímulo de ambiciosos programas de reformas tanto en España como en América, y las reformas a su vez ayudaron a financiar el resurgimiento del poder militar y naval de España y el regreso a la guerra. La amplitud y éxito de las reformas borbónicas sigue siendo tema de intensos debates, revividos recién

temente por una exhibición en Madrid para celebrar el bicentenario de la muerte de Carlos III, cuyo reinado vio el esfuerzo más sistemático del siglo por instituir las reformas verticalmente.⁷ Lynch asume una visión bastante cínica con respecto al proceso de las reformas “ilustradas” y presenta una imagen bastante negativa del siglo en su conjunto. Sin embargo, tal y como lo reconoce abiertamente, hay signos de una nueva vitalidad económica, más obviamente, pero no de manera exclusiva, en Cataluña; y como todo el proceso de industrialización en la Europa del siglo XVIII está sujeto a la revisión histórica, la cuenta española sale mejor parada en la escala comparativa de lo que se ve por separado.

Una objeción similar se podría hacer al veredicto de Lynch sobre el tópico, igualmente controvertido del impacto de las reformas en América, según el cual los Borbones, al implementar su programa de reformas, “ganaron ingresos pero perdieron un imperio”. Sin embargo, los ingleses sólo lograron lo segundo sin lo primero. Las reformas en las sociedades de antiguo régimen conllevan siempre peligros, y no tenemos forma de saber qué habría sucedido si la España metropolitana no se hubiera visto abrumada por el inicio del siglo XIX, primero por la crisis financiera de la corona, precipitada por sus guerras, y luego por los ejércitos invasores de Napoleón. En los sucesos cataclísmicos de ese periodo se disiparon muchas de las ganancias que se habían obtenido con dificultad en el siglo XVIII, el lento proceso de recuperación se postergó por muchos años y se perdieron las colonias.

Sin embargo, el profesor Lynch hace bien en enfatizar los arraigados obstáculos que se opusieron a

las reformas tanto en España como en sus colonias americanas. Las poderosas fuerzas conservadoras y una burocracia acasillada hicieron todo lo que estuvo en sus manos por evitar el cambio verdadero; y los mismos reformistas no llegaron a promover sus políticas hasta su conclusión lógica. En consecuencia, la España metropolitana quedó como una sociedad intacta en su mayor parte ante las reformas, mientras que las últimas reliquias de su imperio se estremecían irremediablemente.

Notas

¹ Sir Francis Bacon, "Of Vicissitudes of Things", *The Essays*, Penguin/Harmondsworth, 1985, p. 231.

² Véase J.R. Hale, "1588 and All That", *The New York Review*, Febrero 16, 1989.

³ *Philip II of Spain*, Londres, Thames and Houston, 1975.

⁴ Norton, 1988.

⁵ James Anthony Froude, *The Spanish Story of the Armada and Other Essays*, Longmans, Green and Co., Londres, 1901, p. 102.

⁶ En cuanto a esta edición y su presentación hay ciertas rarezas que no se explican. Según los adelantos publicitarios, esta es la primera vez que las memorias de Contreras aparecen en inglés en forma de libro. La verdad es que la traducción bastante tiesa de Catherine Alison Phillips apareció en 1926, bajo la firma de Jonathan Cape en Londres y Alfred A. Knopf en Nueva York. Se dice que el texto de la nueva traducción proviene de una versión decimonónica impresa en el

Boletino d'Istoria de Madrid, "del cual hay una copia en el Museo Británico". *Boletino d'Istoria* no es ni siquiera un título español, y las memorias originales las publicó por primera vez Manuel Serrano Sanz en el *Boletín de la Real Academia de la Historia* en 1900. Se las ha vuelto a reeditar en edición rústica en la Colección Austral (Madrid, Espasa Calpe, 1988) como Alonso Contreras, *Discurso de mi vida*, editada por Henry Ettinghausen.

⁷ La exhibición fue acompañada por un catálogo en dos lujosos volúmenes que contienen algunos ensayos excelentes, *Carlos III y la Ilustración*, Ministerio de Cultura, Madrid, 1988.

Tomado del *New York Review of Books*. Traducción Antonio Saborit.

La Odisea de Tocqueville

Julio Bracho

André Jardin, *Alexis de Tocqueville, 1805-1859*, México, Fondo de Cultura Económica, 1989, 444 pp.

Recurrir a la biografía de un autor antes que a sus escritos debería provocar reticencia frente a ese subterfugio que pospone el encuentro con su obra. La biografía que nos presenta André Jardin, sin pretender exponer o menos suplantarse el conocimiento de los textos de Tocqueville ni sus diarios o su correspondencia, más que una interpretación de las vicisitudes es una confrontación con la génesis del sentido de la obra de ese gran pensador. Por su círculo familiar aristocrático, por las condiciones políticas de la Francia de la Res-

tauración o por la naturaleza de las investigaciones que emprende Tocqueville, al rastrear los ambientes y motivos, las reflexiones y los diálogos por los que cobra cuerpo su pensamiento, resulta impresionante ver cómo logra resumirse en su obra la esencia de las interrogantes históricas y políticas primordiales que desde allá vienen a nuestro encuentro. En la ansiedad provocada por los acontecimientos políticos que acorralan a la aristocracia francesa o bajo el impulso de un descubridor del Nuevo Mundo, su mente analítica no deja de comunicarse con el pasado para escudriñar el presente y vislumbrar el futuro; y esto porque la apacible recreación o proyección del pasado, el posible re-

torno a lo mismo quedaba hecho añicos.

La biografía comienza con una genealogía familiar donde sobresale el parentesco de Tocqueville con Chateaubriand y Malesherbes. En rápidos párrafos se describen las desgracias familiares bajo el Terror, y luego se apuntan datos sobre la vida profesional del padre, que después podrían haber influido sobre el hijo: el Conde Hervé Clérel de Tocqueville, al servicio del Estado, escribe un texto sobre la descentralización administrativa.

La fuente privilegiada para delinear muchos aspectos de la vida y de la maduración intelectual de Tocqueville es su correspondencia con los amigos íntimos. Así nos